

MI AMIGO GODOFREDO

Me levanté a desayunar, como de costumbre. Cuando estaba yendo hacia la cocina vi que la puerta de entrada estaba abierta. La cerré...Fui a prepararme los cereales y se escuchó cómo alguien tosía muy bajo, como si quisiera que no me diera cuenta...

-¿Quién... quién anda ahí? ¡Sal o llamo a la policía!- grité con miedo.

-¡No!, ¡no llames, por favor- dijo una voz que parecía venir del sofá.

En ese momento, un niño transparente, flotante, salió de detrás del sofá.

-¡Agggghhh! ¡Un fantasmaaa... en mi casa!- grité inmediatamente.

-Tranquila, tranquila... Lo siento por molestar, es que me aburría y...bueno... Me llamo Godofredo, ¡encantado! -

Sentí que todo era un sueño, me pellizqué, me di de tortas... ¡nada!

-¿Me puedo quedar en esta casa? Verás... Es que no tengo amigos porque en esta ciudad son todos mayores... Y los niños se asustan cuando me ven. Ahí fuera, en la ciudad, lo paso bastante mal... Pero tú eres diferente. Me caes bien.

- ¿Y tu nombre es...?

-Godofredo - dijo con cara de tristeza.

-Eh, yo... yo me llamo María; te puedes quedar, pero ¡que no te vean mis padres!- respondí yo.

-¡No te preocupes por tus padres! Los humanos adultos no me pueden ver, pero los niños y niñas como tú sí. Aunque no basta con ser niño o niña, también tienes que creer en los fantasmas. Normalmente las niñas de tu edad no suelen creer, así que tampoco te preocupes mucho por tus amigas...

No sabía cómo reaccionar, tardaba en asimilarlo. ¿Un fantasma en mi casa? Debía de ser un sueño del que no tardaría en despertarme. Estuvimos conversando mientras desayunaba.

A continuación me fui al parque porque había quedado con mis amigas.

-Chicas... ¡Hay un fantasma en mi casa, no sé qué hacer!- les dije.



Mis amigas se empezaron a reír de mí, no me creían.

-¡María tú estás loca!, ¿en serio crees en fantasmas? Por Dios, pareces una loca diciendo eso- dijo mi amiga Carla, riéndose muchísimo.

-Sí, es verdad- dijeron las demás.

¡Me trataban de psicópata! Me quedé un poco deprimida por lo sucedido. Estuvimos hablando un rato y nos fuimos cada una a su casa a comer. Volví del parque y entonces, al entrar, pasó algo alucinante... Toda mi casa estaba limpia, el suelo brillaba y mi madre no debía de estar allí porque no oí nada. Fui a mi habitación y allí estaba Godofredo haciéndome la cama. Llevaba un minuto observándole cuando se dio cuenta.

-¡Ah!, ¡hola! ¿Qué te parece?

Me quedé muda.

-¿Qué?, ¿estás enfadada?, ¿te molesta que limpie? Vale, voy a desordenar todo de nuevo. Perdón, per...- Godofredo se puso un poco nervioso.

-No, no pasa nada, así mejor, muchísimas gracias; jo, te lo agradezco un montón, así mi madre ya no me podrá decir que soy tan inútil- dije yo muy contenta.

-Ja, ja, me alegro de que te guste. Entonces, ¿me puedo quedar?- preguntó Godofredo entusiasmado.

-Claro... ¡Claro que puedes!, pero tendrás que hacerme caso ¿Trato hecho?- pregunté.

-¡Sí!, claro que sí, te haré caso en todo, María, digo... ¡sí, sargento!- respondió el fantasma.

Nos echamos unas risas y finalmente me fui a comer. Godofredo y yo nos hicimos muy amigos.

Han pasado tres años desde ese día y aún sigue en mi casa. Me lo paso genial con él. Cada día voy descubriendo cosas nuevas sobre él que me hacen encariñarme aún más.

Sofía Cano 1º ESO

